

AC 12 109

Por tanto, primariamente imaginación, y para poder imaginar hace falta tener memoria histórica. Por eso a Ortega le importaba enormemente la historia. Ortega creía que el hombre que ignora la historia la repite.

Justamente para poder innovar es menester apoyarse en la historia, precisamente para no repetirla, para poseerla como algo pasado, para evitarla, para no reincidir, para no recaer en ella. Y es curioso, creo que Ortega estaría hoy angustiado al ver la pérdida del sentido histórico que se ha producido en los últimos años. Cómo se ha adelgazado lo que se podría llamar el espesor histórico de los pueblos, cómo tienen una profunda ignorancia de sí mismos.

Es incluso angustioso hasta en los viejos países europeos de larga historia ver cómo las últimas generaciones apenas conocen su pasado. Y en definitiva tienen una ignorancia respecto de su propia herencia. Y en lugar de ser, como Ortega insistía, que el hombre es heredero, el hombre no es nunca un primer hombre, viven una vida primitiva porque no conocen aquello de que están hechos.

Por ejemplo, la lengua. La lengua que es la primera interpretación de la realidad, aquella que justamente nos orienta y nos dirige. La posesión deficiente de la lengua es una de las maneras de olvido de la realidad propia del hombre y en definitiva lo que deja al hombre en cierto modo desamparado frente al futuro con una mínima capacidad de proyección.

Y si ahora nos preguntamos, mirando al futuro, al recordar el nacimiento de Ortega hace un siglo, si nos preguntamos qué nos dice Ortega hoy, qué nos puede decir hoy, es decir, qué cosas empezaron con Ortega y no hicieron más que empezar. Conviene recordar que Ortega hace un pensamiento circunstancial. Yo pienso, dice Ortega, justamente porque las cosas me oprimen, porque la circunstancia me obliga a pensar para saber a qué atenerme respecto de ella, para poder elegir, para poder decidir.

Esto quiere decir que el hombre vive justamente en función de sus circunstancias. La circunstancia no me determina, el hombre es forzosamente libre, pero me condiciona. Justamente pienso en función de la circunstancia, en vista de ella.

Esto quiere decir que el hombre que vive en otra circunstancia, en otro país, en otra época, ya nosotros que vivimos en un mundo que no fue el de Ortega, porque Ortega murió en el año 1955, nos encontramos en otra situación, en otra circunstancia. Lo cual quiere decir que precisamente el pensamiento orteguiano obliga a la originalidad, obliga a la autenticidad. No es fiel a Ortega el que repite a Ortega.

Es fiel a Ortega el que piensa usando los conceptos que descubrió, desarrollándolos si puede, a su manera propia, en vista de las circunstancias en las cuales vive. Esto es particularmente importante. Esto hace que el pensamiento orteguiano sea un pensamiento vuelto hacia el futuro.

Ortega evitaba lo que llamaba el absolutismo del intelecto, el creer que había una fórmula válida para siempre. Ortega creía que toda forma intelectual estaba destinada a pasar, y que tenía un elemento de verdad y un elemento de falsedad, aquel elemento al cual en cierto modo tenemos derecho, porque está condicionado por nuestra circunstancia. Pero evidentemente el que piensa en otra circunstancia tiene que pensar desde ella, tiene que ser auténtico a sí mismo.

De otro modo, se vacía de contenido. La verdad, Ortega fue el primero que hizo un uso filosófico en 1914 del concepto griego de la verdad como *aléceia*, como descubrimiento, como desesperación, como manifestación o patencia. Pero Ortega llegó a un concepto más fondo todavía de la verdad, que es la coincidencia del hombre consigo mismo, es decir, la autenticidad, lo que Ortega llamaba el fondo insobornado.

Creo que precisamente la gran lección de Ortega, la lección capital que nos comunicó a los que fuimos sus discípulos, sus amigos, fue precisamente la incapacidad de engañarnos, equivocarnos, sí, por supuesto, nos podemos equivocar y nos equivocamos, pero no engañarnos. Nos dio el imperativo de autenticidad, de ser fieles a lo que verdaderamente pensamos, creemos, estimamos, amamos. Agradecemos a Julián Marías por las explicaciones que nos ha dado acerca de la visión de Ortega sobre el hombre.

Estamos en un programa especial de acceso orientado especialmente a los alumnos de Introducción a las Humanidades sobre el hombre orteguiano. Y podemos seguir preguntándonos, ¿cómo vislumbra Ortega al hombre contemporáneo? Según el pensamiento orteguiano y en base a sus propios textos, algunos aspectos que caracterizan al hombre contemporáneo dentro de la circunstancia del mundo que le rodea son, además de la conversión del hombre en hombre-masa y el advenimiento de la masa al protagonismo social, como anteriormente hemos visto, otros no menos problemáticos y significativos como la conversión del hombre de ciencia en especialista y la llamada barbarie del especialismo. También nos hemos referido a ello y Julián Marías nos ha contado algunas cosas al respecto.

Ortega, además, se ocupa de otros temas, como por ejemplo el mastodóntico desarrollo de la técnica, la desnaturalización del hombre de hoy, la violencia como consecuencia última del intervencionismo social de la masa, la indocilidad de la juventud, la crisis de los valores en la Europa moderna, la crisis de la razón físico-matemática sustituida por la razón vital e histórica. Y vamos a analizar algunos de estos aspectos que acabamos de mencionar con el profesor de Introducción a las Humanidades, Carlos Dors. Carlos Dors, ¿cuáles son las implicaciones de la conversión del hombre de ciencia en especialista? Consecuencia de este fenómeno es lo que Ortega llama la barbarie del especialismo, puesto que el especialista se ha convertido también en el prototipo de hombre-masa, es decir, en un primitivo, en un bárbaro moderno.

¿Pero qué es el especialismo? A raíz de finales del siglo pasado, la historia y el desarrollo tecnológico han conducido al científico a reducir su órbita de trabajo, con lo que iba progresivamente perdiendo contacto con las demás partes de la ciencia, con una interpretación

integral del universo, que sería lo único merecedor de los nombres de ciencia, cultura, civilización europea. ¿Quién es el especialista? Es un hombre que, de todo lo que hay que saber para ser un personaje discreto, conoce bien solamente la pequeña porción en la que él es activo investigador. Incluso llega a proclamar como una virtud el no enterarse de cuanto quede fuera del angosto paisaje que especialmente cultiva y llama diletantismo a la curiosidad por el conjunto del saber.

Sin embargo, el caso es que, recluido en el estrecho campo que le ocupa y que domina, el especialista hace progresar la ciencia. Parece paradójico que la ciencia avance con esta proliferación de hombres mediocres y merced a su trabajo especializado. La ciencia moderna, raíz y símbolo de la civilización actual, da acogida dentro de sí al hombre intelectualmente medio y le permite operar con éxito.

¿Cómo se ha producido esta paradoja? Este extravagante hecho. La razón de ello está en lo que es, a la par, ventaja mayor y peligro máximo de la ciencia nueva y de toda la civilización que ésta dirige y representa. La mecanización.

Una buena parte de las cosas que hay que hacer en la ciencia del especialismo actual es faena mecánica, que la puede hacer, si no cualquiera, casi cualquiera. Y la mayor parte de las veces no se exige, ni de hecho posee el especialista, ideas rigurosas sobre el sentido y fundamento de su trabajo mecánico. Carlos Dors, ¿y cuál sería la consecuencia de este mecanicismo, de este trabajo mecánico a juicio de Ortega? La consecuencia es que el especialismo ha creado una casta de hombres mediocres.

El especialista es una extraña clase de hombre que conoce muy bien su mínimo rincón de universo, pero ignora de raíz todo el resto. Antes los hombres podían dividirse sencillamente en sabios o ignorantes, en más o menos sabios y más o menos ignorantes. El especialista, sin embargo, no pertenece a ninguna de estas dos categorías.

No es sabio porque ignora formalmente cuanto no entra en su especialidad, pero tampoco es un ignorante porque es un hombre de ciencia y conoce muy bien su porciúncula de universo. Con palabras de Ortega, habremos de decir que es un sabio ignorante. Y esta figura, esta categoría de hombre, es peligrosa porque su fatal consecuencia es que se comportará en todas las cuestiones que ignora, no con la humildad del ignorante que pretende aprender, sino con toda la petulancia de quien en su cuestión especial es un sabio.

En efecto, este es el comportamiento del especialista. Tomará posiciones de primitivo e ignorante en política, en arte, pero no admitirá, y esto es lo paradójico, especialistas de esas cosas. Al especializarlo, la civilización le ha hecho hermético y satisfecho dentro de su limitación.

De este hermetismo resultará que el especialista, representación máxima del hombre cualificado, y por lo tanto, teóricamente, lo más opuesto al hombre masa, se comportará sin cualificación y como hombre masa en casi todas las esferas de la vida. Esa condición de no

escuchar, de no someterse a instancias superiores, característica del hombre masa, llega al colmo precisamente en estos hombres parcialmente cualificados. Ellos simbolizan, y en gran parte constituyen, el imperio actual de las masas, y su barbarie es la causa inmediata de la desmoralización europea.

El resultado más inmediato de este especialismo es que hoy, cuando existe mayor número de hombres de ciencia que nunca, haya menos hombres cultos que hace uno o dos siglos, por ejemplo. Bueno, el especialista sería una especie de sabio, ignorante, peligroso, a juicio de Ortega. Hoy tendríamos que matizar bastante este pensamiento ante la realidad actual.

Pero hay un fondo, de verdad. Un especialista, o los especialistas, que simbolizaría, en alguna forma, el imperio actual de las masas. El estadio de la evolución técnica en que hoy nos hallamos se caracteriza, desde luego, por el fabuloso crecimiento de los actos y de los resultados técnicos.

Mientras en la Edad Media, en la época del artesano, la técnica y la naturalidad del hombre estaban compensadas, y el aprovechamiento que el hombre hacía del mundo no llegaba a desnaturalizarle, hoy los supuestos técnicos de la vida superan grandemente a los naturales, de suerte tal que el hombre no puede vivir literalmente sin la técnica a la que ha llegado. El hombre ha interpuesto entre la naturaleza y él una zona de pura creación técnica muy espesa. El hombre de hoy no puede elegir entre vivir en la naturaleza o beneficiarse de la técnica.

Está ya irremediablemente adscrito a la técnica y colocado en ella como si se tratase de un contorno natural. Y esto tiene, fundamentalmente, dos riesgos. El primero, la pérdida de la conciencia de la técnica, de las condiciones y esfuerzo que exigen el producirla.

Segundo, el haber convertido al hombre en un auxiliar de la máquina con la consiguiente deshumanización del mismo. Estos dos riesgos son bien explicables. El hombre, al abrir los ojos a la existencia, se encuentra rodeado de una cantidad fabulosa de objetos y procedimientos creados por la técnica, que forman un primer paisaje artificial tan tupido que oculta la naturaleza primaria tras él.

Esto hace que crea que, al igual que la naturaleza, este paisaje artificial esté ahí por sí mismo, que el televisor o el automóvil no sean cosas que hay que fabricar, sino cosas como el árbol o los frutos, que son dadas al hombre sin previo esfuerzo de éste. El otro riesgo es más claro aún. El hombre ha llevado su técnica a las más altas consecuencias.

Ha convertido el menú instrumento a su servicio en máquina, automatismo. Esto es, un aparato que actúa por sí mismo. Y este tránsito del instrumento a la máquina ha convertido al hombre en un auxiliar de la máquina y en una máquina misma.

El artesano se ha convertido así en un esclavo de la máquina y su papel resulta modestísimo. Otra de las características de nuestra época, a juicio de Ortega, sería la del imperio de la vulgaridad. No es que el vulgar se considere sobresaliente, no.

Es que el vulgar proclama e impone el derecho de la vulgaridad, o, mejor dicho, la vulgaridad como un derecho. El imperio que sobre la vida pública ejerce hoy la vulgaridad intelectual es un factor nuevo. Por lo menos, en la historia europea hasta la fecha, nunca el vulgo había creído tener ideas sobre las cosas.

Tenía creencias, tradiciones, experiencias, proverbios, hábitos mentales, pero no se imaginaba en posesión de opiniones teóricas sobre lo que las cosas son o deben ser. Le parecía bien o mal lo que el político proyectaba y hacía, apoyaba o retiraba su atención, pero su actitud se reducía y repercutía positivo o negativamente. No se le ocurría oponer a las ideas del político otras suyas, ni siquiera juzgarlas desde la torre de las que creía poseer.

Lo mismo sucedía en arte, en religión, en moral. Una innata conciencia de su limitación se lo impedía, se lo vedaba completamente. Hoy, en cambio, el hombre medio tiene las ideas más taxativas sobre cuánto acontece y debe acontecer en el universo.

Por eso ha perdido el uso de la audición. ¿Para qué oír si ya tiene dentro cuánto falta? Ya no hay razón de escuchar, sino al contrario, de juzgar, de sentenciar, de decidir. No hay cuestión de vida pública donde no intervenga, ciego y sordo como es, imponiendo sus opiniones.

Bueno, pero, ¿no es esto una ventaja? ¿No representa un progreso enorme que las masas tengan ideas, es decir, que sean cultas? En manera alguna. Las ideas de este hombre medio no son auténticamente ideas, ni su posesión es cultura. El hombre medio se encuentra con ideas dentro de sí, pero carece de la función de idea.

Ni sospecha siquiera cuál es el elemento utilísimo en el que las ideas viven. Quiero opinar de aquí que sus ideas no sean efectivamente ideas. No vale hablar de ideas u opiniones donde no se admite una instancia que las regula, una serie de normas a las que en la discusión poder apelar.

Estas normas son los principios de la cultura. No hay cultura donde no hay normas a qué recurrir. No hay cultura donde no hay un acatamiento a ciertas últimas posiciones intelectuales a qué referirse.

Hay, en el sentido más estricto, barbarie. Y esto es lo que empieza a haber en Europa. El que llega a un país bárbaro sabe que en aquel territorio no rigen principios a los que quepa recurrir.

No hay normas bárbaras propiamente. La barbarie es ausencia de normas y de posible apelación. Aparece por primera vez en Europa un tipo de hombre que no quiere dar razones ni quiere tener razón.

Quiere imponer sus opiniones. El hombre en medio está resuelto a dirigir la sociedad sin capacidad para ello. Lo nuevo es en Europa acabar con las discusiones y se detesta toda forma de convivencia que por sí misma implique acatamiento de normas objetivas desde la conversación hasta el Parlamento, pasando por la ciencia.

Se denuncia así a la convivencia de cultura, que es una convivencia bajo normas, y se retrocede a una convivencia bárbara. Este hermetismo normativo conduce a la masa a la intervención en la vida pública, y le lleva a un procedimiento único, la imposición a toda costa de su voluntad en forma de violencia para defender la razón y la justicia que creen tener. La fuerza es, en última instancia, la última razón.

En rigor, es la violencia la única razón. La norma propone la anulación de toda norma. Se es incivil y bárbaro en la medida en que no se cuente con los demás.

La barbarie es tendencia a la disociación. Civilización es, antes que nada, voluntad de convivencia. Pero la masa no desea la convivencia con lo que no es ella.

Odia a muerte lo que no es ella, y emplea la violencia para imponer en último recurso ésta, su ley primordial. Otro de los problemas fundamentales del hombre actual es su indocilidad y su carencia de esfuerzo. Esto le conduce a la in nobleza y vulgaridad.

El esfuerzo ennoblece. Noble es el que se exige, y la fuerza reside en el esfuerzo. El hombre actual vive satisfecho de como es, o en cualquier caso, inerte a lo que sucede.

El hombre selecto apela siempre a una norma más allá de él, superior a él. El hombre vulgar, sin embargo, no se exige nada, sino que se contenta con lo que es, y está encantado consigo mismo. El hombre selecto es quien vive en especial servidumbre de ideal.

Y ésta vida de disciplina es lo que hace su vida noble. La nobleza se define como exigencia por las obligaciones, no por los derechos. Goethe decía, vivir a gusto es de plebeyo.

El noble aspira a ordenación y a ley. Hoy día nadie quiere tener obligaciones, nadie quiere esforzarse, solamente se quieren poseer derechos y autoridad. Pero solamente se pueden tener derechos y gozar de ellos cuando se ha hecho un esfuerzo, y sólo tiene autoridad quien es autor.

Los derechos privados o privilegios no son pasiva posesión y simple goce, sino que representan el perfil a donde llega el esfuerzo de la persona. Nobleza es sinónimo de vida esforzada y exigente. La vida noble se contrapone a la vida vulgar o inerte, que estáticamente se recluye en sí misma, condenada a perpetua inmanencia.

Por esto es más a ese conjunto de hombres que tienen esta actitud inerte y que quieren imponer su forma de vida y suplantarse a los poquísimos seres selectos capaces de un esfuerzo espontáneo y lujoso. Y esta es la cuestión, que Europa ha visto proliferar esta clase de hombres vulgares y nobles, que se creen con todos los derechos y ningún deber, ninguna obligación. Busca cualquier pretexto para no supeditarse a nada.

Las gentes cómicamente se declaran jóvenes porque han oído que el joven tiene más derechos que obligaciones, ya que puede demorar el cumplimiento de éstas hasta la madurez. Siempre el joven como tal se ha considerado eximido de hacer o haber hecho ya hazañas. Siempre ha

vivido de crédito.

Era como un falso derecho, entre irónico y tierno, que los no jóvenes concedían a los mozos. Pero causa la estupefacción que los jóvenes lo tomen como un derecho efectivo, precisamente para atribuirse a todos los demás que pertenecen sólo a quien ya ha hecho algo. La juventud actual está pues representada por éste hombre masa que carece de moral, y es ésta conducta la penosa consecuencia que ahora recoge Europa en su crisis espiritual.

Ésta es la verdadera y gran cuestión. Bueno, lo que parece deducirse de las palabras del profesor Carlos Dors es que en Ortega, por su visión elitista, desde luego parece existir una cierta actitud de menosprecio hacia las masas, en comparación con otras ideologías y otro pensamiento político o otras concepciones sociopolíticas. Carlos Dors, y con respecto a las creencias del hombre actual, ¿qué pensaría Ortega? Si comparamos las creencias del hombre actual con las del hombre europeo de los cuatro últimos siglos, nos encontramos con que ha variado profundamente, al haberse alterado la convicción fundamental.

¿En qué consistió tal convicción? Se caracterizó en que los hombres vivieron de la fe en la razón. ¿Y en qué consiste esta fe? El discurso del método, que fue el libro clave de todo el pensamiento moderno, culmina con las siguientes palabras. Las largas cadenas de razones, todas sencillas y fáciles, de que acostumbran los geómetras a servirse para llegar a sus más difíciles demostraciones, me habían dado ocasión para imaginarme que todas las cosas que puedan caer bajo el conocimiento de los hombres, se siguen las unas a las otras en esta misma manera, y que sólo con cuidar de no recibir como verdadera ninguna que no lo sea, y de guardar siempre el orden en que es preciso deducirlas unas de las otras, no puede haber ninguna tan remota que no quepa a la postre llegar a ella, ni tan oculta que no se la pueda descubrir.

Estas palabras son la culminación del racionalismo, el verdadero y triunfal canto al poder de la razón del hombre como arma todopoderosa para el conocimiento. El hombre con este instrumento puede llegar a los últimos entresijos de la realidad, del mundo que le rodea. El hombre va a captar y saber la verdad sobre todo.

La realidad tendrá una organización coincidente con la del intelecto humano. Se entiende con aquella forma del humano intelecto que es la más pura, con la razón matemática, que proporciona al hombre un poder ilimitado en principio sobre las cosas. Pero esta fe en la razón fue una fe viva.

¿Qué queremos decir con que es una fe viva? Creemos algo con fe viva cuando esa creencia nos basta para vivir, cuando de esa fe brotan las incitaciones y orientaciones para vivir. La fe viva es presencia permanente y activísima de la entidad en que creemos. Se hace presente y activa en nuestra vivencia y nuestro vivir.

Por el contrario, la fe muerta o inerte no actúa eficazmente en nuestra vida, aunque esté en nosotros todavía, aunque no la hayamos abandonado del todo. La arrastramos inválida a nuestra espalda, forma un parte de nosotros, pero yaciendo inactiva en el desván de nuestra

alma. No apoyamos nuestra existencia en esa fe para vivir.

En la Edad Media el hombre había vivido y tenido una fe viva en la revelación, en Dios. Creía con fe viva en un ser todopoderoso y omnipotente que le descubría de modo gratuito todo lo esencial para su vida. Esta fe viva en la revelación va progresivamente decayendo hasta que el hombre entra en una crisis profunda.

Esta fe viva se convierte claramente en fe cansada, inerte, muerta, ineficaz, hasta que queda desarraigada por completo del alma individual. El hombre empieza a sentir que no le basta la revelación para aclararle sus relaciones con el mundo. Entonces el hombre se siente perdido, sin brújula, carece de orientación.

Y es esta nueva fe viva, esta nueva creencia en la razón, la que le salva y la que sustituye a la fe viva en la revelación. El hombre recaído renace. Es la razón físico-matemática la nueva mediadora entre el hombre y el mundo.

Las creencias constituyen el estrato básico, el más profundo de la arquitectura de nuestra vida. Vivimos de ellas y por eso no solemos pensar en ellas. Pero hay más.

Nuestras creencias, más que tenerlas, las somos. Pero aparte de nuestras creencias propias, personales, individuales, hay siempre un estado colectivo de creencia. Esta fe social puede coincidir o no con la que cada cual siente.

Cualquiera que sea la creencia de cada uno de nosotros, encontramos ante nosotros constituido, establecido colectivamente, con vigencia social, un estado de fe. La fe social, colectiva, la creencia pública, aparece como si fuese una realidad física, independiente de que sea aceptada por un individuo determinado. Esta fe social y colectiva, viva en la razón y en la ciencia, ha sufrido una grave crisis.

La ciencia está en peligro, y no es que esta fe colectiva del hombre en la ciencia esté completamente muerta. Pero lo que sí ha ocurrido ha sido que ha pasado de ser una fe viva a ser una fe muerta. Inerte.

Y esto basta para que la ciencia esté en peligro y el científico no pueda seguir viviendo pensando que la sociedad sigue protegiendo y venerando su trabajo. ¿Y no sería paradójico este fenómeno de la situación de la ciencia y del hombre de ciencia? La situación actual de la ciencia a la razón física es bastante paradójica. Si algo no ha fracasado en el repertorio de las actividades y ocupaciones del hombre, esto es la ciencia.

El hombre debería adorarla como a un Dios. La ciencia ha conseguido cosas que la irresponsable imaginación no podía ni siquiera soñar. Pero el caso es que el hombre, aun reconociendo el maravilloso poder de la ciencia, su triunfo sobre la naturaleza, no sólo no está odiado ante ella, sino que empieza a volverle la espalda.

Y esto es porque ha caído en la cuenta de que la naturaleza es sólo una dimensión de la vida

humana y el glorioso éxito con respecto a ella no excluye su fracaso con respecto a la totalidad de nuestra existencia. En el balance inexorable que es en cada instante nuestro vivir, la razón física, con todo su parcial esplendor, no impide un resultado terriblemente deficitario que ha provocado la enorme desazón y crisis del hombre contemporáneo occidental. El hombre actual sabe que ha perdido pie, que carece de punto de apoyo y se siente como un náufrago en el vacío.

La razón física no puede decirnos ya nada claro sobre el hombre. Esto quiere decir que debemos desasirnos con toda radicalidad de tratar al modo físico y naturalista lo humano. Debemos tomarlo espontáneamente según nos sale al paso.

O dicho de otro modo, el fracaso de la razón física deja la vía libre para la razón vital e histórica. Bueno, pues ha llegado hasta el final este programa especial sobre Ortega, sobre el hombre actual en Ortega, sobre el hombre orteguiano. Hemos escuchado últimamente al profesor de Introducción a las Humanidades de Acceso, Carlos Dorsfied.

Al principio hemos escuchado el capítulo El hecho de las aglomeraciones de la obra de Ortega La rebelión de las masas y después escuchamos un comentario sobre el mismo. Después de la lectura de este capítulo de La rebelión de las masas, también hemos oído a Julián Marías, discípulo y amigo de Ortega y finalmente ha sido cuando el profesor Carlos Dorsfied nos ha aproximado más a la comprensión del hombre orteguiano. Confiamos en que cada uno, como decíamos al comienzo, con una visión personal y flexible se haya hecho su propia composición de lugar sobre este filósofo.

Un filósofo racio-vitalista que, según Julián Marías, no le gustaría que se lo repitiera, sino que cada uno utiliza la razón para analizar las circunstancias bajo las cuales particularmente vive. Actitud que posiblemente es la más inteligente para no formar parte de una masa contemplada con una visión tan anodina como la que Ortega tiene de la misma. Y hasta aquí ha llegado este programa especial sobre Ortega y continuamos con nuestra programación habitual de todos los días de diez a diez y media de la noche.